

De la filosofía moral a la filosofía moral aplicada: el paradigma bioético

From moral philosophy to applied moral philosophy: the bioethical paradigm

José Salvador Arellano Rodríguez

Resumen

En la presente propuesta se trata de abordar y sostener cómo el discurso filosófico teórico moral ha sufrido en las últimas décadas un giro aplicado. Por giro aplicado comprendo el paso de una tradición preocupada por la fundamentación teórica de la ética -que opera sobre todo durante la época moderna- a una forma de hacer filosofía moral basada en el análisis y resolución pronta de casos específicos, que se gesta sobre todo durante las últimas cuatro décadas del siglo XX.

Palabras clave: Filosofía moral, paradigma bioético.
Cir Gen 2013;35(Supl. 2):S128-S132

Abstract

This proposal seeks to address and sustain how the theoretical moral philosophical discourse has suffered in recent decades a practical shift. By practical shift I understand the passage from a tradition that is concerned with the theoretical foundation of ethics -which operated primarily during the modern era- to an approach to moral philosophy based on analysis and prompt resolution of specific cases that was gestated during the last four decades of the 20th century.

Key words: Philosophy, bioethical paradigm.
Cir Gen 2013;35(Supl. 2):S128-S132

Si bien desde sus inicios el pensamiento filosófico se ha preocupado por reflexionar sobre las formas de la conducta humana, su esencia, su deber ser, sus bases o principios, es innegable que el pensar moral no ha quedado fuera de las vicisitudes propias de la historia en que se gesta. En la época contemporánea, el giro aplicado es un fenómeno insoslayable, más aún cuando el tema en cuestión ha presentado eventos dramáticos que comprometen no sólo la convivencia sino incluso ya la permanencia de la humanidad. Podemos observar cómo las acciones de unos pocos impactan la vida cotidiana de toda la humanidad.

En efecto, el surgimiento de diversos problemas morales emanados del desarrollo tecnocientífico, los procesos de globalización y el deterioro ambiental han dado como resultado lo que se ha denominado ética aplicada, que es una forma práctica e inmediata para

dar una respuesta adecuada ante los nuevos campos de cuestionamiento en la sociedad contemporánea. ¿Cómo entender esta nueva forma de reflexión-aplicación filosófica para nuestra sociedad contemporánea?, ¿qué aportes, problemas y retos enfrenta este giro en el interior del discurso filosófico? Estas cuestiones son centrales desde la filosofía moral, cuyo nuevo reto, al presente, será no sólo la elaboración o esclarecimiento de principios teóricos, sino que ahora se ve ya comprometida a la reflexión y realización de formas y estrategias prácticas para la convivencia cotidiana de los seres humanos.

1. La crítica del siglo XIX a la filosofía moral: sus alcances al discurso ético contemporáneo

El proceso de desarrollo de la reflexión moral occidental puede ser rastreado desde poco antes de la antigüedad clásica griega. Pensadores como Emilio Lledó o Jaeger

www.medigraphic.org.mx

Facultad de Filosofía, Universidad Autónoma de Querétaro

Recibido para publicación: 2 enero 2013

Aceptado para publicación: 31 enero 2013

Correspondencia: Dr. José Salvador Arellano Rodríguez

Calz. General Anaya No. 330 Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, DF

Tels. 5558-24-31, 5658-22-63, 5658-24-17, 5658-24-92 Fax: 5658-21-93

E-mail: cirujanogeneral@medigraphic.com

Este artículo puede ser consultado en versión completa en: <http://www.medigraphic.com/cirujanogeneral>

sostienen que podemos dar cuenta de reflexiones de índole ética incluso en la obra de Homero. En el horizonte homérico las pautas de la virtud aparecen no desde una teoría filosófica como tal, sino a partir de la tradición y, sobre todo, de la propia práctica de los héroes. Sin menoscabo de lo anterior, son los sofistas del siglo V quienes reflexionan por vez primera el fenómeno moral. Las tesis sofistas sobre el relativismo de las normas de convivencia sociales ponen sobre la mesa de discusión el valor de las normas éticas y jurídicas. Son los sofistas quienes, al relativizar lo bueno, atentan contra el ideal y las acciones de los héroes de la época homérica y con ello provocan, en gran medida, la reflexión socrática acerca de lo bueno. Así, Sócrates gesta uno de los principios clásicos sobre el ideal moral del hombre: ser sabio, ser bueno, ser prudente. Teorías, autores, corrientes, textos, reflexiones y sistemas filosóficos han dado cuenta de esta ardua tarea de reflexión a través de la historia de la filosofía.¹

A pesar del desarrollo histórico del pensar teórico filosófico moral, como lo he comentado líneas arriba, resulta actualmente novedoso y problemático el desarrollo de esta área, ahora denominada ética aplicada, neologismo que surge alrededor de 1960 y hace referencia a un análisis ético de situaciones precisas. Se destaca, por ello, una solución práctica ante fenómenos concretos. Esta nueva forma de calificar a la ética es tardía y extraña en el horizonte del pensar filosófico, acostumbrado a una reflexión de tipo teórico que prevaleció como un ejercicio del análisis lingüístico de los enunciados morales durante la primera década del siglo XX. Con este fenómeno, la ética casi se había convertido en una metaética. Así, la mayoría de los filósofos morales habían dejado de lado la dimensión normativa tanto en la tradición continental como en la anglosajona (salvo en la tradición católica, que siempre ha ejercido su dimensión normativa).

El rompimiento de una tradición teórica que intentaba fundamentar el fenómeno moral, la puesta en duda de poder elaborar una serie de referentes morales o principios básicos que posibilitaran una ética de alcances universales operó principalmente durante el siglo XIX y, en gran medida, en el transcurso del XX. Es, en efecto, con la filosofía de la sospecha donde de manera evidente se fractura y diversifica la intencionalidad del sistema en el ámbito moral. Las tesis de Nietzsche, Freud, Marx y Wittgenstein coincidirán en atacar la forma de proceder del discurso moral, ya sea por considerarlo inútil para la acción, falta de sentido, o por ser un discurso ideológico al servicio del poder. Por otra parte la consolidación de los Estados Nacionales llevó la moralidad al ámbito de las leyes jurídicas y la dejó como propia de la vida privada de cada sujeto en lo individual. El repliegue mismo de la moral religiosa –otrora juzgada públicamente- a la conciencia personal, el despunte de la ciencia -que se consideraba a sí misma como amoral- y el surgimiento de una ética indolora fruto de un creciente hiperindividualismo trajeron consigo problemas y elementos peculiares en la reflexión de la filosofía moral actual.

No podemos dejar de reconocer, por otra parte, que la moral contemporánea es, en gran medida, producto

del siglo XX, que comenzó siendo el siglo de las guerras y derivó en un sentimiento de angustia propia de una generación expuesta a las catástrofes mundiales. Gadamer¹ apuntaba a este siglo como aquél donde el hombre aprendió a convivir con los elementos que lo destruyen, y donde aparece también un desprecio hacia el siglo XIX, donde el sujeto cotidiano aún proseguía la estructura de la fe cristiana, la conciencia nacional del Estado moderno y la moral de la conciencia privada, fruto de la Ilustración y base de la cultura burguesa. Es durante el siglo XX donde poco a poco se pierde la idea y la pretensión de poder lograr una moral de alcances universales o un estado de felicidad homogénea, es el siglo que se caracteriza por una alta valoración del vivir de acuerdo con los intereses propios de cada individuo, y ya ni siquiera con las costumbres de la comunidad a la que se pertenece, sobre todo en las sociedades más desarrolladas. Las tesis del discurso postmoderno son, sin duda, las que influirán más en los posicionamientos neopragmáticos, utilitaristas e individualistas que permean las ricas sociedades del mundo occidental. El fenómeno de la postmodernidad, aunado al creciente desarrollo de la ciencia y la tecnología, la propagación de una globalización económica y el auge de la era del consumo, es donde se establece la discusión sobre la urgencia por superar el estado de la ética contemporánea, que se ha constituido o bien en el análisis y esclarecimiento de sus propios conceptos y enunciados, o bien en un asunto meramente particular e individual.²

Quisiera, por lo pronto, señalar mediante los siguientes puntos una caracterización del actual horizonte moral contemporáneo:

Vivimos en una sociedad plural en un mundo globalizado. El fenómeno de migración planetaria, la conformación de uniones de estados y el fenómeno de la diversificación de las creencias religiosas hacen, cada vez más, coexistir a diversas culturas en espacios territoriales comunes. El hiperindividualismo alcanzado promueve ahora una reflexión de éticas de mínimos para poder salvaguardar la ética de máximos personales.

Se enfatiza, sobre todo, un principio de incertidumbre sobre nuestros propios referentes y criterios morales. La aparición de dilemas (o más de dos dilemas) ante los nuevos desafíos presentados por la ciencia, el sostenimiento indefinido de la vida o su manipulación con fines lucrativos hacen aparecer a los principios morales como insuficientes o, incluso, hasta contradictorios para la dilucidación de casos específicos.

Existe un horizonte de complejidad. Los problemas morales ya no pueden ser dilucidados desde la pura teorización filosófica: se requiere cada vez más de la participación conjunta de diversas ramas del saber y del hacer humano. El problema radica en el distanciamiento entre ellas, en ocasiones inconciliable. Esta complejidad también está colocada de manera intrínseca al interior de la ética misma: diversidad de teorías, anulación de referentes, pluralidad de posicionamientos específicos.

Contamos con un estilo de vida social enmarcado por una racionalidad instrumentalizada e instrumentalizable,

una vida y una sociedad de consumo, despreocupación y hasta indiferencia por los problemas ecológicos que afectan al globo.

A la vez existe, una creciente preocupación por considerar ya no una antropoética, sino aquello que Edgar Morín ha llamado “ética de la religación”. Esto es, una nueva forma de proceder en la reflexión moral tomando como parte el entorno social, el entorno natural, la religación con la vida animal y cósmica.

Aparece una necesidad urgente de replantear el problema de la relación teoría y praxis, sobre todo en las relaciones ético-políticas, ético-jurídicas, ético-científicas, ético-tecnológicas, ético-religiosas, entre otras, relaciones enfocadas cada vez más en la práctica y los resultados esperados, ya sin un sustento teórico moral. La urgencia radica en que lo que ahora está en juego es la subsistencia propia de la vida en el planeta y, con ella, la del ser humano como especie.

Existe la vigencia y la urgencia por desarrollar diversas áreas dentro de la ética aplicada a campos específicos del hacer humano. Así, por ejemplo, se realizan estudios referidos ahora como ética de los negocios, ética del consumo, ética del deporte, infoética, ética de las investigaciones científicas, ética clínica, ética del cuidado de los animales, ética femenina, ética cívica, ecoética o ética ambiental, ética de las emociones, ética hermenéutica, ética dialógica, ética institucional, ética de la nutrición, pero sobre todo el surgimiento y consolidación de una nueva disciplina denominada como bioética.

2. Filosofía moral y bioética

La bioética, en tanto ética aplicada, puede llevar a confusiones, como el pensar o suponer que se trata de tomar alguna corriente ética (como el utilitarismo) y aplicarla a un caso concreto. No se trata de aplicar indiscriminadamente la teoría ética a la práctica –como receta de cocina- ni de realizar algún tipo de “subfilosofía”, sino, antes bien, la bioética constituye un espacio de renovación del propio discurso filosófico moral, en la medida en que obliga a clasificaciones del lenguaje moral en sus significados, sus empleos y su lógica. Este trabajo ético dentro de los problemas prácticos permite, al mismo tiempo, un nuevo despliegue teórico.²

Si bien el concepto bioética es utilizado hasta 1971 por Potter³ como un término que designa una nueva área del saber, la parte fundamental de esta nueva disciplina consiste en servir de las ciencias biológicas para mejorar la calidad de la vida humana teniendo presentes las implicaciones morales vigentes. Debemos tomar en cuenta que su origen es más temprano y que se remonta por lo menos a la década de los cuarenta. En la entrevista realizada por la revista internacional europea de ética aplicada Dilemata al Dr. Robert T. Hall, éste comenta que:

Por otra parte, generalmente, es una costumbre empezar cualquier presentación acerca de la bioética con un mantra citando el Dr. Van Rensselaer Potter como el fundador de la bioética en los Estados Unidos. De hecho, aunque Potter usó la palabra “bioética,” no tomó gran parte en el desarrollo de la bioética moderna. La palabra

“bioética” fue usada al mismo tiempo por el Dr. Andre Hellegers, fundador del Kennedy Institute of Ethics, establecido en la Universidad de Georgetown en 1971 y que hoy, junto con el Hastings Institute (1970), es uno de los más viejos e inclusivos centros de la bioética del mundo. La bioética moderna empezó, según el padre Albert R. Jonsen, con lecturas y libros de dos teólogos protestantes, Paul Ramsey y Joseph Fletcher, en los años cincuenta y sesenta, junto con las presentaciones y los comentarios del sacerdote jesuita Richard McCormick. En los años setenta estos tres teólogos fueron invitados a presentar sus ideas frente de la Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos. Ramsey era un protestante conservador, Fletcher un protestante liberal y el padre McCormick, un católico moderado. Menciono esta historia de la bioética en los Estados Unidos para destacar sus raíces religiosas y el papel importante de la comunidad católica. La Comisión Nacional fue patrocinada e impulsada por el senador Edward Kennedy, quien fundó también el Instituto Kennedy. Así que se debe dar crédito en el nacimiento de la bioética en los Estados Unidos no al Dr. Potter, sino a la camarilla católica del Dr. Hellegers, el Padre Jonsen, la Universidad Jesuita de Georgetown y la familia Kennedy, encabezada por el senador Edward Kennedy, hermano menor del primer presidente católico. Además de corregir la historia del nacimiento de la bioética estadounidense, menciono esta época para destacar y enfatizar la cooperación extraordinaria entre los protestantes y los católicos. Trabajaban juntos en comisiones nacionales y dictaron un sin fin de ponencias juntos en varias universidades, por ejemplo, la ponencia del padre Richard McCormick en la universidad protestante de Yale. Un teólogo protestante, James Childress, sirvió cuatro años en los 70 como Professor of Christian Ethics en el Instituto Kennedy. De hecho, aunque en ese tiempo era yo sacerdote anglicano, también era profesor de filosofía en la Universidad Franciscana de Steubenville, Ohio, donde lo fui durante 15 años.⁴

De cualquier forma, tanto las aportaciones en el nacimiento de la bioética en Estados Unidos como las aportaciones de Potter formaron a esta nueva área de discusión y aplicación como un espacio plural y multidisciplinario para el debate de las ideas morales. Este espacio plural lo constituyen diversos ámbitos del pensar moral; de acuerdo con Adela Cortina, podemos señalar al menos cuatro de ellos: a) las diversas creencias religiosas, b) los expertos en áreas humanas y científicas (juristas, sociólogos, antropólogos, médicos, etcétera), c) la opinión pública o una determinada sociedad o cultura, y d) los propios filósofos morales. Estos niveles o espacios de opinión, investigación y/o reflexión son elementos que interactúan y que no están exentos de ideologías, supuestos, falacias, o que manifiestan, al menos, intereses diversos. Cada uno de ellos contiene su propia historia y su biografía autorizada, por lo cual no es de extrañar que sea aquí donde surgen las polémicas, dilemas, problemas de inconmensurabilidad y conflictos de intereses.

Algunos podrán señalar que la filosofía poco o nada tiene que hacer ante este fenómeno de pluralidades y

divergencias morales. Empero, es por ello que la relación del pensar filosófico moral cobra especial importancia ante el surgimiento de los nuevos problemas éticos contemporáneos. El hecho de poder hoy hablar de ética(s) aplicada(s) da cuenta de que la intersubjetividad moral existe. Esto es, podemos hablar de una serie de parámetros que se han venido construyendo o reconstruyendo a partir de la experiencia que nos ha dado la propia historia a nivel mundial. Cabe destacar que en las diferentes áreas de la ética aplicada, y sobre todo en la bioética, se hace uso y se recurre expresamente a la reflexión y al lenguaje y bagaje histórico-filosófico. Finalmente, la ética, en tanto discurso filosófico, critica, argumenta, discute, plantea dudas, intenta esclarecer conceptos, sobre todo ahí donde los supuestos de certeza imperan. Simon Blackburn señala que la forma filosófica de discurrir en la ética confronta ante todo a los principales enemigos de la reflexión: el dogma, el determinismo, el cientificismo naturalista o el cientificismo psicologista. Cualquiera de estas posturas, sea por considerar que nadie posee la capacidad de decir la verdad o por decir que alguien posee de manera absoluta la verdad, terminan por anular cualquier diálogo y argumentación posible. Nuestra única, pero no por ello menos valiosa, herramienta para poder llegar a un acuerdo sobre cómo sería mejor vivir, cómo ser autónomos, cómo ser justos, entre otras interrogantes, es la capacidad de dar y aceptar argumentos. Esto es hacer filosofía moral.³

En breve: la bioética es una nueva forma contemporánea de reflexión y análisis en la que interviene de manera central el discurso moral filosófico a la par de otras áreas del saber humano. Esta relación es, además, un espacio de participación y renovación entre la filosofía y otras disciplinas del conocimiento humano.

La variedad de casos, dilemas o problemas morales reclaman un análisis disciplinar y transdisciplinar desde diversos enfoques de estudio y opinión. Recuérdese, por ejemplo, el giro provocado por los experimentos nazis con seres humanos durante la II Guerra Mundial, el informe Belmont, el caso Quinlan, entre otros muchos. Estos eventos y fenómenos morales, más que evidenciar un problema de inconmensurabilidad entre varias perspectivas, posturas o creencias personales, manifestaron la posibilidad de brindar argumentos y realizar reflexiones a través de la propia experiencia y bases que heredamos y/o realizamos desde la filosofía para poder fundamentar nuestras propias decisiones (y no mantener una postura fundamentalista), así como de ver y valorizar los diversos contextos en que se da este fenómeno (y no sostener una postura relativista). Se trata de poder brindar una serie de referencias mínimas que den mayor certeza a los implicados en un contexto de pluralidades de posicionamientos respecto de estos nuevos fenómenos morales.

3. Algunos desafíos y tareas pendientes

Los códigos morales vigentes, una de las bases de nuestros juicios morales al momento de la liberación, se encuentran en un estado de inestabilidad en la época contemporánea, que ha sufrido un cambio drás-

tico sobre los principios, normas y sentencias que nos acompañan al momento de juzgar, motivados por los cambios ocasionados por la interacción constante entre sociedades diversas y plurales. Hoy nos encontramos ante el traslado de una responsabilidad individual a una responsabilidad moral mundial. Nunca como hoy nuestras acciones individuales son acciones que competen la integridad del planeta.

El denominado giro aplicado en la ética filosófica ha comprometido seriamente el trabajo de fundamentación que se había venido desarrollando en este campo y de manera constante al menos desde Kant. Hegel había ya atacado el grave problema que representaba la fundamentación de la teoría crítica práctica kantiana en su intento de universalización a partir del imperativo categórico alejada de cualquier hecho real y concreto. Cortina, al hacer referencia a los giros realizados en la filosofía contemporánea -además del giro lingüístico, el giro pragmático, el giro hermenéutico-, comenta que ahora nos corresponde hablar del giro aplicado. El pensar filosófico moral es más importante en la medida en que sirva y resulte más pragmático a la sociedad y a las personas; es decir, la reflexión de la filosofía moral debe atender a los contextos, la manera en que son usados los conceptos, quién los dice, en qué tono y en qué situación específica, atendiendo sobre todo a los elementos que puedan garantizar una mejor orientación en las acciones y decisiones de las personas reales y concretas. Los derroteros en las relaciones de los seres humanos con otros seres humanos y su interrelación con la ciencia, la tecnología y su medio ambiente han puesto en jaque a cualquier perspectiva que intente realizar algún discurso sobre la moral desde la mera formalidad y abstracción. Los códigos y referencias morales que se proponen conducir a buen término las decisiones personales o colectivas ante cualquier tipo de situación resultan ineficientes o, por lo menos, insuficientes. Las perspectivas occidentales contemporáneas (ética del diálogo, utilitarismo o consecuencialismo, códigos occidentales de inspiración cristiana, casuismo, etcétera) resultan la mayor de las veces rebasadas, sin posibilidades de dar cuenta por sí mismas de los nuevos fenómenos morales.

El panorama moral contemporáneo enfrenta una grave paradoja: por un lado, enfrentar la crisis de las perspectivas occidentales éticas y, por el otro, la urgencia de moralizar la vida cotidiana. Podríamos especular si los problemas e incertidumbres morales, los conflictos éticos, los crímenes de lesa humanidad, las explotaciones cotidianas de niños, mujeres y grupos en desventaja social que enfrentamos hoy son de carácter económico, político o moral. Es posible que la respuesta se encuentre en no sólo apostar por alguno de ellos sino en intentar volver a entretejer lo que la modernidad se encargó de dividir. Una forma en que se ha intentado establecer esta interrelación de disciplinas y perspectivas morales ha sido la promoción de los comités de ética al interior de las instituciones y organizaciones civiles y políticas, en tres vertientes básicas: los comités clínico-hospitalarios, los comités de investigaciones de los organismos científicos y los comités de ética cívica-profesional. El desafío

es claro: recuperar la confianza en las personas. Esto es, el surgimiento de miles de mecanismos de control y de vigilancia, la pérdida de sentido de la vida y de las relaciones entre personas ocurren porque no existe la confianza necesaria para actuar sin ser vigilados. Y esto es un problema moral. La tarea de la filosofía moral consistirá en volver a establecer elementos y marcos propicios mediante la elaboración de argumentos donde esta confianza sea posible. No se trata del establecimiento de un mundo feliz, sino de volver la vista a aquellas sociedades y países donde las personas aún sienten la confianza de salir de sus casas y caminar por las calles sin tropiezo. Algunos otros mecanismos son:

- Educar éticamente más que moralmente
- Propiciar la tolerancia y el diálogo razonado
- Rescatar la riqueza de nuestra sociedad plural
- Propiciar el establecimiento de los consejos de bioética institucionales
- Trabajar por el reconocimiento y elaboración de una ética plural que sirva de plataforma a las éticas aplicadas

Sin duda, los planteamientos y tareas son arduos y ameritan una reflexión particular en cada punto. Por lo pronto, una tarea pendiente está señalada en la relación entre teoría moral y ética aplicada. La configuración y desarrollo de las éticas aplicadas es el reto y futuro de la filosofía moral y la bioética contemporánea.⁴

Entiendo de manera amplia como juicio moral un proceso cognitivo que afirma o niega el valor moral frente a una situación o comportamiento. En él se expresa una aceptación, rechazo o indiferencia por parte del sujeto

moral sobre las acciones de otros o sobre sus propias acciones. Así también, juicio moral puede ser empleado para designar prescripciones o expresiones destinadas a servir de guía para la conducta propia y como patrón de valor de la conducta ajena (A. Cortina/E. Martínez). Para algunos, el conocimiento es parte central de un buen juicio moral que permite realizar acciones adecuadas (Sócrates, Santo Tomás); para otros, el conocimiento no es el elemento sustancial del juicio, sino que se apela más al sentimiento (Hume). Actualmente existen teorías filosóficas, psicológicas y neurocientíficas sobre el desarrollo del juicio moral. Algunas corrientes apoyan una vertiente cognitiva, como los estudios de Piaget, Kohlberg y Gilligan; otras se basan más en los sentimientos y las emociones, como la de Robert C. Solomon, además de las aportaciones de los neurocientíficos Marc Hauser y Antonio Damasio. (Véase: Puig JM, Martínez M. Teorías del desarrollo moral. En: Educación moral y democracia. Barcelona: Laertes; 1998; Graciela B. La crítica de C. Gilligan a Kohlberg: ¿una moral femenina?. En: Ética para todos. México: Edere; 1999; y Solomon RC. Ética Emocional. Barcelona: Paidós.; 2007.)

Referencias

1. Gadamer HG, Vattimo G. Los fundamentos del s. XX. La secularización de la filosofía. Barcelona: Gedisa; 1992. p. 89.
2. Parizeau MH, Canto-Sperber M. Ética aplicada. En: Diccionario de ética. México: FCE; 2001. p. 579.
3. Potter Van Rensselaer. Bioethics. Bridge to the future. New Jersey: Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs; 1971.
4. Arellano JS, Guerra PMJ. Entrevista con el Dr. Robert T. Hall para Dilemata. Dilemata, Revista internacional de éticas aplicadas. 2010; 2; 149-155.